

“LA COMIDA, EL MENSAJE, EL MILAGRO”

Mensaje para el décimo domingo después de Pentecostés

Del pastor Norman Staker

2 de agosto de 2026

ISAÍAS 55: 1-5 ☸ ROMANOS 9: 1-5 ☸ MATEO 14: 13-21

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE
NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN. ¡HA
RESUCITADO; VERDADERAMENTE HA RESUCITADO!

“Cuando Jesús desembarcó, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos y curó a sus enfermos.”

Menos mal que esos versículos no se escribieron sobre mí. Menos mal que miles de personas no dependían de Norman para su enseñanza y sustento espiritual. Especialmente el día en que quería estar a solas con mis amigos. Especialmente el día en que sabía que iba a ser crucificado. Si esos pies hubieran estado en las sandalias de Jesús en esa playa, los versículos habrían dicho algo así:

Eran como ovejas sin pastor. Así que Norman les dijo que dejaran de pastar en su prado y volvieran a sus corrales. Cuando Norman desembarcó y vio una gran multitud, murmuró algo sobre lo difícil que era conseguir un día libre. ¡Y eso no es cierto! Menos mal que no era responsable de esa gente. No habría tenido ganas de enseñarles, ni de ayudarlos, ¿pero acaso Jesús sí? Pensándolo bien, Jesús tampoco deseaba estar con ellos. Al fin y al cabo, los dejó. Pero solo después de enseñarles muchas cosas y curar a los enfermos.

¿Pregunta? ¿Por qué Jesús les enseñó y los sanó si necesitaba un tiempo de tranquilidad, como solemos llamarlo ahora?

Respuesta: “Tuvo compasión de ellos.”

En otras palabras, en este pasaje, Mateo no está diciendo que sintiera simple lástima o compasión por ellos. El significado era mucho más profundo. Mateo está diciendo que Jesús sintió su dolor en lo más profundo de su ser.

Sintió el dolor de los enfermos; sintió la soledad de los leprosos; sintió la vergüenza de los pecadores;

Sintió la cojera del lisiado.

Y al sentir su dolor, no pudo evitar sanarlos y enseñarles muchas cosas. Se conmovió profundamente al ver sus necesidades. Tan afectado estaba por ellas que olvidó las suyas. Tan conmovido estaba que cargó con sus dolores sobre sus hombros como si no tuviera suficiente, cuando en realidad sí tenía más. Jesús sintió compasión por ellos porque eran la razón de su venida. Eran sus hijos. Porque se olvidó de sí mismo y sirvió a los demás con compasión.

Quiero contar una historia. Pero primero quiero dejar algo claro. Jesús sabía muy bien lo que es el dolor, y por eso mismo nos quita todo el sufrimiento que puede. Así que supongo que la letra de la vieja canción es cierta.

“¡Qué amigo tenemos en Jesús! ¡Oh, cuánto dolor innecesario soportamos! Todo porque no llevamos todo a Dios en oración.”

Jesús sabe cómo te sientes. Cuando luchas, Él te escucha. Cuando lo deseas, Él responde. Él está ahí para ti ahora. Él está ahí para ti ahora.

Al igual que el niño de la historia, te ve con compasión. Sabe que eres especial. Y esta no es la historia que nos cuenta Mateo hoy.

Un niño entró en una tienda de mascotas para comprar un cachorro. Miró y miró. Le dijo al dueño que volvería con el dinero para comprarlo en un par de semanas. Durante esas semanas trabajó muy duro. Lavando coches, cortando el césped, haciendo tareas en la casa. Finalmente, tuvo el dinero. Al día siguiente volvió a la tienda de mascotas. Escogió un cachorro que estaba lisiado y se acercó al dueño. Le entregó el dinero. Cuando el dueño vio el cachorro que había escogido, le dijo que fuera a buscar otro porque ese cachorro nunca podría jugar ni correr porque estaba lisiado. El niño solo sonrió y dijo que estaba seguro de que ese era el cachorro que quería y que era justo el cachorro para él. Cuando el niño salió, el dueño empezó a decir algo, pero se quedó callado. De repente, supo por qué el niño había escogido ese cachorro porque vio que sobresalía de los pantalones del niño una férula en su pierna.

¿Por qué quería el niño al perro?

Por la misma razón por la que Jesús nos quiere, él sabía lo que se sentía y también sabía que éramos muy especiales.

Algunas palabras de consuelo: «Mi Dios suplirá todas tus necesidades; todo lo puedo en Cristo que me fortalece; Jesús no te abandona...» Sus palabras resuenan con fuerza y claridad. Luego está «Y he aquí que yo estoy contigo hasta los confines de la tierra» y, finalmente, «Nunca te dejaré ni te abandonaré».

A veces, Dios parece un Dios que actúa en el último segundo, pero es en esas fracciones de segundo que quedan cuando realmente vemos revelada su gloria, porque "en nuestra debilidad se perfecciona su poder".

Escuchen de nuevo mientras les comparto unas palabras de nuestro Evangelio de hoy: «Cuando Jesús supo lo que había sucedido (la ejecución de Juan el Bautista), se retiró en barca a un lugar solitario. Al enterarse de esto, la multitud lo siguió a pie desde los pueblos. Cuando Jesús desembarcó y vio a una gran multitud, tuvo compasión de ellos y sanó a sus enfermos. Noten que, aparentemente, debido a que Jesús era humano además de divino, a veces deseaba privacidad. El repentino interés de Herodes en el ministerio de Jesús sin duda lo preocupó. Quería alejarse de la gente y de todas las exigencias que le imponían. Pero, cuando una multitud logra encontrarlo, no se enoja. En cambio, tiene compasión de esas personas y sana a los enfermos. Al anochecer, los discípulos se acercaron a él y le dijeron: “Este es un lugar apartado, y ya se está haciendo tarde. Despide a la multitud para que puedan ir a las aldeas a comprar comida”. Me han oído decir cada vez que se lee este milagro que es el único milagro registrado en los cuatro Evangelios. Y hoy oímos a esos discípulos autoproclamarse como la junta directiva de Jesús. Intentan decirle a Jesús qué hacer. A medida que avanzaba la tarde, los discípulos se dieron cuenta de que podrían enfrentarse a un gran problema. Hay una gran multitud y parece que no hay comida. Sin duda, todos tienen hambre y los discípulos tienen una solución muy práctica: despedir a la multitud. Es hora de terminar el servicio y despedir a la gente para que vayan a buscar su propia comida. Pero, versículo 16, Jesús respondió: «No es necesario que se vayan; denles ustedes de comer». Para nosotros, y especialmente para los discípulos, sonaba como una orden imposible. No, denles ustedes de comer.

Ahora bien, tengo la sensación de que Jesús quizás estaba poniendo a prueba a sus discípulos. Sabía que no tenían los recursos para alimentar a la multitud y, como dice el Evangelio de Juan, «Jesús ya tenía en mente lo que iba a hacer para dar de comer a todos».

Mateo es como un resumen conciso; nos da un informe condensado y omite la reacción de los discípulos a la sugerencia de Jesús. El evangelio de Juan nos dice que Felipe respondió: «¡Ocho meses de salario no alcanzarían para comprar pan para que cada uno comiera un bocado!». Por cierto, si intentamos traducirlo a nuestra moneda, Felipe calcula que necesitarían al menos un dólar por persona para darles a todos un refrigerio, tal vez una hamburguesa con queso o algo así. Pero con el tipo de cambio de hace 2000 años, un dólar habría comprado mucha más comida. Mateo también omite la siguiente pregunta de Jesús: «¿Cuánta comida tenemos?». Según los otros evangelios, los discípulos luego observaron a la multitud. Pedro regresa e informa que encontró a un muchacho que tenía cinco panes de cebada y dos peces pequeños. Mateo dice que a Jesús le dijeron: «Aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces». Entonces Jesús pide que le traigan el almuerzo del muchacho. Y les indicó a las personas que se sentaran en la hierba. Tomando los cinco panes y los dos peces, y alzando la vista al cielo, dio gracias y partió los panes. Luego se los dio a los discípulos, ¡y los discípulos que intentaban ser los que daban órdenes a Jesús se convirtieron en sirvientes para atender a toda aquella gente! Jesús parece tener un plan muy organizado, y funciona.

Esta es, sin duda, una historia extraordinaria. Tan extraordinaria, de hecho, que mucha gente pregunta: "¿De verdad sucedió?".

Tener cinco panes y dos peces es típico del triste estado de la iglesia en nuestros días. Incluso hoy, hay quienes dicen que hay que despedir a las multitudes, que existen maneras naturales de atender sus necesidades. Enviamos a la gente al psiquiatra para recibir ayuda emocional y al gobierno para obtener alivio físico. Tenemos pan espiritual para ofrecer, pero ¿de qué sirven cinco hostias y un vasito de vino o jugo de uva? Necesitamos el poder del Señor. No nos damos cuenta de que las soluciones hoy no están en el gobierno ni en la intervención humana, sino en Dios. Algunos maestros bíblicos liberales han sugerido que lo que realmente ocurrió fue que la disposición del niño a compartir su almuerzo inspiró a otros en la multitud a hacer lo mismo. Así, cuando todos compartieron su comida y comieron solo lo que necesitaban, sobraron doce canastas. La gran lección, entonces, sería que debemos compartir con los necesitados. Ahora bien, esa es una gran idea, pero no es de lo que trata la historia, porque no fue lo que sucedió. Los cuatro evangelios nos dicen lo mismo. Jesús alimentó a unas 15 000 personas con solo cinco panes y dos peces pequeños. Sí, nuestra mentalidad científica moderna dificulta creerlo, pero esa actitud es la única razón por la que alguien sugeriría que la gente simplemente compartió su almuerzo ese día. Los maestros bíblicos liberales han intentado eliminar lo milagroso de los evangelios, ofreciendo explicaciones naturales para los diferentes milagros que Jesús realizó, con el fin de

hacer estas historias más aceptables para quienes viven en el siglo XXI. Sin embargo, a medida que avanzamos en el año 26 del siglo XXI, cada vez más personas se dan cuenta de que si eliminamos los milagros, les robamos a estas historias su poder e incluso su significado. La Biblia enseña claramente, y yo elijo creer, que Jesús realmente tomó el almuerzo de un niño pequeño y alimentó a unas 15 000 personas ese día.

No piensen que esos cinco panes eran enormes. En realidad eran panecillos y dos peces diminutos parecidos a sardinas, que alimentaron a unas 15 000 personas hambrientas. Y las sobras no eran solo los restos que alguien dejó sin terminar; eran doce cestas de comida que quedaron intactas y, sin embargo, la gente quedó satisfecha; comieron hasta saciarse. En una época en la que la mayoría de la gente no sabía lo que era una comida completa, doce cestas sobrantes indican que todos quedaron satisfechos.

Creo que una de las principales razones por las que los evangelistas relatan este suceso es que nos muestra claramente dos aspectos esenciales del carácter de Jesús. Son dos cualidades que normalmente no asociamos, pero en Jesús forman una magnífica combinación. La primera es la compasión de Jesús. Jesús ama a la gente, se preocupa por ella. Ya lo vimos antes, cuando observamos cómo, incluso buscando privacidad, no podía rechazar la oportunidad de sanar y ayudar a los demás. Aquí, mientras está muy ocupado enseñando y ministrando a una gran multitud, Jesús sigue preocupado por las necesidades prácticas de quienes lo rodean.

En segundo lugar, también vemos el poder de Jesús. En nuestro mundo, los compasivos no suelen ser poderosos, y los poderosos no suelen ser compasivos. Pero Jesús es ambas cosas. Su poder es muy evidente en el texto de hoy. Simplemente toma cinco panes y dos peces y los convierte en una comida para una gran multitud. No solo todos comen, sino que sobran. ¿Cómo lo hizo? No tengo ni idea. No hay una explicación lógica.

Algunos de ustedes le han añadido un poco de agua a la sopa para poder dar de comer a un par de invitados inesperados en la cena, pero Jesús hizo algo muy diferente. Fue un milagro. Fue otra demostración de su poder sobrenatural. Jesús tenía la capacidad de hacer cosas extraordinarias.

A medida que avanza la historia, vemos que la disposición de Jesús para hacer esto no tiene límites. La necesidad suprema de los seres humanos es encontrar la salvación de las consecuencias del pecado y la muerte eterna. Como seres

humanos, necesitamos a alguien que nos rescate de nuestra miserable condición de estar separados de Dios y sin esperanza. Jesús está dispuesto a hacerlo. Está dispuesto a entregar su propia vida como sacrificio de expiación. El ángel le dijo a José que el niño se llamaría Jesús "porque salvará a su pueblo de sus pecados". Lo hizo muriendo en la cruz en nuestro lugar. Sufrió agonía, dolor y los horrores de la muerte misma por mí y por ti. Lo hizo porque era la voluntad del Padre, y también por la gran compasión, el gran amor que siente por la humanidad. Vislumbramos esa compasión en nuestra historia de hoy.

Lo que creo que debemos hacer hoy es simplemente contemplar con asombro a Jesucristo. Era pequeño cuando escuché por primera vez la historia de Jesús alimentando a los 5000. Recuerdo preguntarme si yo habría estado dispuesto a darle mi almuerzo a Jesús, como lo hizo aquel niño. Incluso entonces, valoraba mucho mi comida. Estoy seguro de haber escuchado la historia con frecuencia durante mis primeros años en la escuela dominical, pero, para ser honesto, desde entonces no he pensado mucho en ella. Sin embargo, es una historia maravillosa porque muestra la compasión y el poder de Jesús con tanta claridad. Amigos, esta mañana siento que mis palabras han sido muy débiles, pero espero que el Espíritu de Dios las haya usado en sus mentes y corazones para darles una nueva perspectiva de la compasión y el poder que se encuentran en el Señor Jesucristo.

Amén.